



Trabajo final de grado

Ensayo

La metonimia del deseo y el consumismo como alienación discursiva

Federico Ugarte

C.I: 4.914.507-7

Tutor: Prof. Adj. Marcelo Novas

Revisor: Prof. Adj.

Contenido

Introducción.....	2
Narrativas que marcan el cuerpo.....	5
Identificaciones y discursos alienantes.....	6
Patologías de consumo.....	10
Ficción cotidiana.....	13
Discursividad: el Deseo y la Demanda.....	17
Significación y satisfacción fálica.....	28
Consideraciones finales.....	35
Referencias bibliográficas.....	40

Introducción

Detenernos a interrogar cuál es la génesis de nuestros hábitos, tener una postura crítica, y contar con la posibilidad de sensibilizar con todo lo que discurre bajo lo rutinario y cotidiano de nuestros días, no es una pericia a la que los sujetos modernos nos adhiramos cotidianamente, al menos no todos. Insertos en la inercia del existir, y en todo lo que implica habitar estos momentos de la historia nos desplegamos como sujetos y nos erigimos como tales sobre una base de costumbres y naturalizaciones que se desplazan y proliferan como bacterias en una infección. Engendrando desde el acto más inocente de la cotidianeidad, pero también desde los impensables que presentan estos actos, -aparentemente inocentes-, modos de actuar, sentir y pensar que marcaran nuestro cuerpo y nuestro espíritu. En este sentido, el consumo compulsivo, o como lo llaman algunos, “hiperconsumo”, ha sido para mí un objeto de interrogaciones, es decir, me he preguntado por algún tiempo ¿qué significa para nosotros consumir?, ¿qué significa poder ser consumidores?, ¿qué significa poseer?, ¿qué significa en términos de necesidad o deseo poder consumir ese objeto tanpreciado para cada quién? Como se puede apreciar sin dificultad en el desarrollo de estas interrogantes, el significado de las cosas tiene un valor esencial, dicho de otro modo, quizás la pregunta más pertinente sería: ¿Qué son los objetos sin esa dimensión intrínseca que les da forma, dimensión conformada por lo que representan para cada uno de nosotros?, para decirlo más abreviado, pero no por ello menos complejo: ¿Qué son los objetos si le quitamos o problematizamos el sentido que para cada uno de nosotros comportan? Se desprende, inmediatamente de la génesis de tales preguntas, que la discursividad es materialidad misma en términos de existencia. Pensar entonces al consumo implica pensar los discursos por los cuales está atravesado, es decir, pensar cuáles son las lógicas discursivas que alimentan tales hábitos, cuáles son, utilizando el deseo como pretexto, los discursos que constituyen nuestro día a día y que se desplazan por las subjetividades modernas donde de modo consciente o inconsciente se inscriben en los sujetos como guía práctica, a modo sigiloso, de doctrina moral para subsistir. Pensar de qué modo el discurso consumista prolifera es menester de todos y cada uno de nosotros, no por la inclinación política a la que cada persona, en su libertad individual se adhiera, sino porque es nuestra responsabilidad pensarnos a nosotros mismos, y ser capaces de asumir los modos en que nos relacionamos con y en el medio en que habitamos. Pero es responsabilidad de las

instituciones educativas producir campos de conocimiento que se puedan aplicar a la sociedad y de ese modo contribuir a lo que es el gran paraguas que denominamos salud. Para ello, considero necesaria la problematización de los modos en los cuales las lógicas, así como el sentido común y los mandatos sociales se nos cuelan por las ventanas y puertas de nuestros hogares, haciendo de la vida pública, pero también de la privada, un campo de aplicación de lógicas que no rinde cuenta a los intereses de un gran poder opresor y capitalista que globaliza cada rincón del globo desde arriba como afirmaba Marx, sino, que hacen tributo a la más despiadada inconciencia colectiva que posibilita modos de vida que marcan, atraviesan y dejan en este mismo proceso secuelas subjetivas y sociales. Es compromiso de la salud, y más aún de la salud pública paliar de modo urgente, en las emergencias de los hospitales, pero también en las instituciones sanitarias y educativas, las consecuencias en los modos de vida atravesados por el consumismo y por los esfuerzos rutinarios que este sugiere. A fin de lograr una sociedad no diré más justa, pues no es la intención plantear utopías, sino, más consciente y crítica ante sus propios actos, así como ante las consecuencias de los mismos.

Pensar de qué manera los sujetos conforman su deseo, es desde mi punto de vista, pensar de qué modo los sujetos se apropian de tal o cual discurso, lo que no excluye, que sean capaces de producir el suyo propio. Desde esta perspectiva, desde la cual parto para plantear semejantes interrogantes, ¿podemos decir que “nuestro” deseo es nuestro? Quizá una pregunta muy ilustrativa sería preguntarnos ¿qué deseábamos cuando éramos niños? Es lógico que esta es una pregunta que no pretende encontrar respuesta, pero posibilita visualizar algunas de las líneas desde las cuales paso a paso construimos nuestro deseo, y estas líneas, no son más que las líneas que emergen en el universo simbólico a través de la relación con el otro. Es decir, todos los posibles objetos de deseo son construidos en la relación con el otro, -esta relación es particular y merece un análisis que será retomado más adelante- toman su materia prima, y emergen en el intercambio que el lenguaje posibilita y que de modo inevitable atraviesa nuestro cuerpo. Pues incluso hablamos de historia a partir de la invención de la escritura, anteriormente solo podemos hablar de prehistoria, fenómeno que no podemos dejar de tener en cuenta para notar la inmensidad del crédito y poder del símbolo. Es importante entonces, producir conocimiento acerca de los modos en los que estos intercambios simbólicos se gestan y evolucionan, a modo de cuestionar el objeto que tal o cual discurso involucra, y a su vez, pensar cuál es el proceso o los procesos que participan en tal construcción de objeto. Al fin y al cabo, los sujetos construimos a partir de nuestra fantasía, -en relación con el

otro- los objetos a los cuales nos aferramos para poder tolerar la falta que deviene del hecho de no saber qué hacer con nuestra propia existencia. Falta que solo podrá llenarse, mejor dicho, que será remplazada por la ilusión que nos ofrece el universo simbólico en el cual se nos sumerge al momento de nacer, o incluso desde antes, a través del mecanismo del lenguaje. Considero entonces, evocar al análisis de ese acto en el que el sujeto da testimonio de su existencia y se afirma como ser que está siendo, el acto mismo que lo diferencia del resto de los mamíferos y que lo eleva a una dimensión simbólica que le dará las posibilidades de la construcción de un sentido, esa dimensión que lo constituye como tal y que actúa como la materialidad misma de donde se servirá para lograr hacerle frente a lo que al comienzo de este trabajo denominé como la inercia del existir. De este modo, comencé a entender, o creer hacerlo -si es que en estas líneas comportan una diferencia- que cada sujeto es capaz de dar un sentido a su existencia, que cada uno de nosotros tiene sus propias teorías, teorías que sin importar cuanta rigurosidad científica comporten, sirven para apaciguar la falta que he mencionado líneas arriba. Estas teorías, sin excepciones tienen algo en común, más allá de sus contenidos, de sus intenciones o de sus ignorancias, todas tienen algo en común, y es que estas, nacen, se desarrollan y se manifiestan en un lugar del cual no podrán por más que lo intenten, escapar, este lugar es la discursividad. Al interrogarme a lo largo de mi formación sobre estas cuestiones, e ir más que pudiendo responder, logrando formularlas de un mejor modo, logré advertir en mí esa necesidad de respuestas, necesidad de poder soportar ese vacío, el vacío que queda cuando en las representaciones del mundo que nos hacemos a la medida de los fantasmas que cada uno comporta, sin ser muchas veces conscientes de ellos, no logramos encontrar un sentido que nos tranquilice, que colme de algún modo la incertidumbre que emana del acto de existir. Tener en cuenta este núcleo, considero que es indispensable para poder comenzar a formular algunas líneas que a modo de bosquejo se postularán como las posibles respuestas sobre las cuales he entablado una especie de persecución, una persecución sin fin, en la que cada acercamiento representa más que una respuesta, la posibilidad de una mejor formulación de las mismas. En este sentido, y a fin de hacer un análisis de lo que en última medida puede articularse como la “posición deseante” de los sujetos, me veo obligado a remitir a una serie de nociones introducidas por Jacques Lacan al campo del psicoanálisis que de algún modo oficiarán como guía para pensar las cuestiones a las cuales me remito en el presente desarrollo.

Narrativas que marcan el cuerpo

Para comenzar a situarnos en la problemática, podemos comenzar por hacer foco sobre la noción de Neoliberalismo, y lo que emana de esta intención de limitar al mínimo en lo que se refiere a la intervención del Estado en la sociedad. Esto implica no solo la inyección necesaria de premisas como la de ser sujetos libres, autónomos, con nociones como la de “propiedad de sí”, “libertad individual”, “eficiencia”, “proactividad”, “superación”, “exigencia”, “empoderamiento” y “triunfo económico”, entre otras. Y sobre todo con ideas de autorrealización que superan las expectativas de cualquier época precedente. Proclamando sujetos autosuficientes, independientes en sentido amplio y capaces de garantizar que somos dueños de nuestras propias ideas y voluntades. Pero esta progresiva metamorfosis de un estado intervencionista y paternalista, que sin dudas amerita sus críticas, hacia un estado más ausente, no solo significa el retiro de algunas de las garantías sociales y políticas esperadas en un ambiente democrático donde existe un órgano que regula y ejecuta velando por la igualdad en su población. Si no, que cede terreno a una regulación social y también política, que en último término rinde cuentas al movimiento de los grandes capitales internacionales, donde las leyes del mercado son muchas veces más fuertes que la función del Estado, y es que incluso de una adaptación a tales leyes depende la capacidad de accionar de los mismos. Lo que da lugar a que grandes empresas y capitales tengan más poder de decisión que los intereses mismos de una sociedad. Esto repercute directamente sobre la vida de los sujetos, pues condiciona los modos de relacionarse con el medio, lo que es, a su vez, un condicionamiento de los modos de entenderlo. Con esto quiero decir que, los procesos subjetivos y la evolución de los mismos poseen una estrecha relación con los tiempos en los que habitan, pues es del intercambio simbólico que allí se desarrolla que se producirá un sentido que se aplique al mismo. Siguiendo esta línea, podemos hacernos muchas preguntas acerca de los modos en que este cambio político-ideológico habita en los sujetos contemporáneos. En este sentido: ¿qué efecto tiene este discurso en los jóvenes modernos?

Identificaciones y narrativas alienantes

Antes de comenzar a pensar en los procesos identificatorios, es necesario definir lo que entendemos por Yo, pues se encuentra en el centro del asunto. Para Lacan (1966), el yo se constituye a partir de los 6 meses de vida. El niño, que experimenta su incapacidad motriz y su cuerpo de modo fragmentado, es decir, como un conjunto de sensaciones y percepciones que no se unifican, que son vividas como caóticas, sumadas a la dependencia absoluta que la fetalización del neonato necesita para su desarrollo, es fascinado y vive jubilosamente el momento en que frente a él, su imagen reflejada en el espejo lo captura. La posibilidad de localizar todo ese caos interno que hasta ese momento reinaba, asociado a la turbulencia de sus movimientos, que poco podía controlar, en una imagen completa que coagula su estatura y anticipa su desarrollo, es sin duda vivida con júbilo por el infante.

Este acto, en efecto, lejos de agotarse, como en el mono, en el control, una vez adquirido de la inanidad de la imagen, rebota enseguida en el niño en una serie de gestos en los que experimenta lúdicamente la relación de los movimientos asumidos de la imagen con su medio ambiente reflejado, y de ese complejo virtual a la realidad que reproduce, o sea con su propio cuerpo y con las personas, incluso con los objetos, que se encuentran junto a él. (Lacan, 1966, p. 86)

Esta imagen, devuelta como Gestalt, es objeto de una identificación, especularmente, será la encargada de unificar todo lo que hasta ese momento estaba fragmentado. Esto no quiere decir que el niño se proyecta en un afuera, por el contrario, existe un proceso exteroceptivo que hace que esa imagen sea asimilada, y pase desde ese momento a ser constituyente del yo, lo que nos muestra de qué modo el universo simbólico es necesario en el desarrollo del sujeto.

Pero el punto importante es que esta forma sitúa la instancia del yo, aun desde antes de su determinación social, en una línea de ficción, irreductible para siempre por el individuo solo; o más bien, que solo asintóticamente tocara el devenir del sujeto, cualquiera sea el éxito de las síntesis dialécticas por medio de las cuales tiene que resolver en cuanto yo [je] su discordancia con respecto a su propia realidad. (Lacan, 1966, p. 87)

El “je”, es el sujeto del enunciado, es el sujeto posicionándose en el discurso al momento de narrar su propia historia, premisa que nos ayuda a pensar el hecho de que para Lacan el inconsciente se estructura como un lenguaje. Podemos decir, a partir de estas líneas que la función de la imagen en el espejo, es la de establecer una relación entre el organismo y su propia realidad y en esta mediación emergerá el yo. Es importante esta idea de “su propia realidad”, porque desde esta perspectiva, la realidad no se encuentra allí fuera esperando por nuestra captura, sino que es el resultado de tales procesos de aproximación, en los que intervienen el universo simbólico que preexiste al sujeto y la dimensión imaginaria desplegada por el yo, imaginario en tanto que se relaciona con la imagen que nos fascina y por ende constituye. Esta imagen simboliza para el autor la permanencia en el tiempo del yo. Pero a su vez nos demuestra el poder fascinante de las imágenes que encontramos en el afuera, las cuales mimetizándose en lo que circula por el organismo serán objeto de nuestras identificaciones. En este sentido Nasio dice lo siguiente:

En la teoría lacaniana, el yo-imaginario no se confunde con la conciencia de sí, ni con una de las tres instancias tópicas despejadas por Freud (yo, superyó, ello), sino que se define como una estratificación incesante de imágenes inscritas continuamente en nuestro inconsciente (Nasio, 1988, p. 159)

En este sentido, y considerando el planteo anterior, en este proceso donde el yo se enajena con eso que toma imaginariamente del afuera ¿acaso no somos alienados por el discurso que circula por dichas imágenes, de modo que imprimen hábitos, modos de sentir, actuar y pensar lo que nos rodea? No es incorrecto, considero, pensar que la permanente exposición a una serie de imágenes ofertadas al yo de la modernidad, con características que lo esculpen como autosuficiente, capaz de lo que se proponga, y el sin fin de rasgos heredados del exceso de positivismo epistemológico que nos precede, tienden progresivamente a una alienación subjetiva donde la constitución del yo de los sujetos que participamos de tal dinámica e intercambio está en juego. Estas imágenes, que, en mayor o menor medida, inevitablemente, por la continua exposición son inscriptas en el inconsciente, están constituyendo las personalidades que las habitan, prestando los elementos y rasgos con los cuales el yo entrará en relación y de modo especulativo tomará prestado dichos rasgos. Cabe acotar que “inconsciente” en este desarrollo, no representa un lugar que podemos ubicar en el “psiquismo”, o en algún pliegue del encéfalo, sino a todo aquello que fluye por el cauce de nuestra discursividad y que, como una alimaña en la noche, aguarda momentos para

emerger entre esas líneas que consideramos propias y demostrar en el mismo acto que, como postuló tan fervientemente Freud, decimos más de lo que creemos decir cuando decimos algo. Es de dicha sucesión de imágenes de donde tomaremos los significantes que hacen a la cadena discursiva en la que nos sostenemos como sujetos. En este sentido, es necesario cuestionarse acerca del proceso mediante el cual los sujetos nos apropiamos de modo inconsciente de los rasgos que creemos identificar en los objetos que nos rodean, -entiéndase por objeto en este marco a todo aquello que el sujeto puede personificar y sustraer como una característica que podrá o no tomar para sí, sean objetos vivientes o no, dicho de otro modo, objetos posibles de deseo- pero estos objetos no se encuentran ahí fuera en el mundo exterior, sino que son entendidos como: “(...) una representación inconsciente previa a la existencia del otro, una representación que ya está ahí y sobre la cual vendrá a apoyarse luego la realidad exterior de la persona del otro o de uno cualquiera de sus atributos vivientes.” (Nasio, 1988, p.141) Esto no quiere decir que inconscientemente ya traemos esas imágenes registradas, encriptadas exactamente como las recogeremos en el mundo más tarde, sino que a medida que nos exponemos a esta sucesión de imágenes, al identificarnos con algunas de ellas, al investir las libidinalmente las adaptamos a una representación inconsciente previa. Así como el estadio del espejo demuestra que en la imagen en el espejo son identificadas las sensaciones que el neonato vivía como caóticas dentro de sí, en las sucesivas identificaciones del sujeto a lo largo de su vida sus representaciones inconscientes previas seguirán mimetizándose en imágenes del afuera, siendo estas constituyentes en el desarrollo subjetivo. Por otra parte, en la contemporaneidad, existe una tendencia a la producción acelerada, a la eficacia productiva y a todo lo que emana de una competencia mercantilista, por lo tanto es menester cuestionarse, ¿cuáles son los sujetos que este sistema requiere?, ¿cuáles son los rasgos necesarios para que tal producción sea satisfactoria?, sujetos pacientes y que valoricen los objetos o sujetos destinados a la incesante sustitución, a desechar y a demandar cada vez más, relanzando constantemente las ambiciones en termino de satisfacer lo que consideran que deben satisfacer, contribuyendo y participando activamente de la cadena productiva. Teniendo en cuenta este paradigma donde los rasgos de objetos exteriores se acomodan o se mimetizan en representaciones inconscientes previas, ¿cómo no considerar problemática una circulación del sujeto en un contexto donde lo reemplazable triunfa sobre lo duradero, lo estético sobre lo ético, y donde lo que vale en términos económicos triunfa sobre lo que vale en términos espirituales, sociales o incluso democráticos? En este campo en el cual producimos que es el de la salud mental: ¿Cómo no considerar necesario un análisis de la

constante exposición a estos rasgos, que de modo continuo, sirven a colmar esa falta que las representaciones inconscientes previas encuentran en el mundo exterior a través de los procesos identificatorios? Lo que amerita una discusión, hablando en términos de salud, y más exactamente de salud mental, es cuan saludable es el lazo entre tales modos de existir, -donde la circulación del deseo, o más precisamente de lo deseable es capturado por el sistema de consumo y ofertado como producto-, y la constitución de sujetos que nacen y se desarrollan en tales características de habitabilidad. Tarea de la salud mental, es cuestionar cuáles son las sombras que depositarán tales objetos en los sujetos, más exactamente en los yoes que habitan tales dimensiones políticas y culturales.

Para el yo, el mundo no es más que imágenes. Por lo tanto, hay continuidad y consistencia entre él y el mundo. El yo se aloja allí, en la imagen exterior en apariencia, y el mundo está en el yo, en la imagen más íntima en apariencia. (Nasio, 1988, p. 161)

Si el mundo está en el yo, en la imagen íntima en apariencia, ¿cómo pensar esa correlación tan efímera que da cuenta en cada sujeto de lo que el mundo ha impreso en él? Entender al yo de este modo, implica aceptar que la oferta constante de un bloque estético y de la ética de la superación, que deviene de las pretensiones de asemejarse a la imagen y estilo de vida del hombre europeo, de clase media-alta, tan estereotipada en las cadenas de información a la que los latinoamericanos somos sometidos y hacia la cual somos educados desde niños a admirar, sesga y limita los diferentes modos de ser. A su vez, obstaculiza la diversidad en cuanto a los procesos identificatorios y valoriza de modo negativo, calificando como erróneos o subversivos, aquellos modos de existir que resisten y hacen ruido en el proceso de alienación a los objetos que este paradigma de la superación intenta globalizar. Durante las últimas décadas, han emergido como síntoma social, por ejemplo, los llamados “condominios” en Brasil (Dunker, 2015), dando cuenta de un fenómeno que puede ser interpretado como las consecuencias de la triunfante normativización de los yoes. Un perímetro amurado que separa y nomina, determinando modos de ser. Agrupando entre los muros de la determinación -ya sea semiótica como material- todas aquellas características que dan forma a un “estilo de vida”, generando un sentimiento de ser parte, de reconocimiento, en último término del sistema de consumo. Dejando fuera de los muros, inevitablemente, secuelas sociales de exclusión y una narrativa de sufrimiento que no solo habla de una realidad donde lo económico ha triunfado sobre lo humano, sino, que puede ser pensado

como un ejemplo de las consecuencias que la exposición permanente a una serie de condiciones estéticas impuestas globalmente ha imprimido tanto en el deseo como en lo deseable. “Antes mesmo de possuirmos nossos próprios condomínios fechados, aprendemos a associá-los com a imagen de felicidade, que, não sem alguma ironia, podíamos colher no cinema e na televisão, revestida de asceticismo.” (Dunker, 2015, p. 51)

Una vez más, si el mundo está en el yo en esa imagen íntima en apariencia que lo constituye, constituyéndose a su vez, en una relación especular: ¿Cuáles son las secuelas identitarias y los yoes que estas imágenes están sedimentando hace décadas?

Patologías de consumo

Uma vida governada segundo exigência de autorrealização, em que o conceito de “estilo de vida” funciona como elemento de unificação teológico-metafísica dos diferentes sistemas simbólicos-serviços bancários, alimentação, escola, serviços domésticos, compras e até mesmo o trabalho, tudo isso é realizados nas imediações. (Dunker, 2015, p. 51)

Este concepto de estilo de vida, que funciona como anclaje simbólico, da cuenta de la adherencia que este discurso puede generar en quienes lo fundamentan, siendo retrospectivamente fundamentados en el reconocimiento que el acceso a tales circunstancias ofrece. Pues, un movimiento de este tipo, habla de la necesidad por parte de los sujetos de “reestablecer el orden”, de “comenzar de nuevo”, de “hacer las cosas bien”, pero todo bajo el naturalizado y articulado hábito de consumo que se expande sobre todas las esferas de la vida, pública, privada y también política, ya que el diseño y ejecución de los elementos que mantienen en marcha tales estructuras como el condominio se basa en la instrumentalización material que guiará y delimitará por consecuencia, simbólicamente, los modos de actuar y ser dentro de tal dispositivo de normativización de la vida como lo es el condominio. La delimitación material de los espacios con sus sobrentendidos modos de usar y habitar, las condiciones estéticas desprendidas de tal manejo y entendimiento de los modos de relacionarse con el otro, los muros que crean un dentro-fuera, sus calles y espacios verdes estratégicamente pensados, la construcción de servicios dentro del

predio que faciliten el acceso a los mismos, y todos los demás ensambles que hacen al funcionamiento de estos intentos por purgar la vida de su espontaneidad y controlarla lógicamente y especulativamente en función de un “próspero” aunque oscuro beneficio, bajo las exigencias de superación, no pueden ser pensados por fuera del sistema de producción y consumo. Pero no solamente porque participe activamente del comercio de bienes materiales, sino porque la problemática mayor, es decir, la realidad afuera de los muros, a la que intentan escapar, es también producto de tal sistema de producción, un sistema de producción que inevitablemente establece un orden simbólico. En este sentido, podemos pensar que existe una correlación inextirpable entre los procesos identificatorios que dan forma al yo, y constituyen al sujeto, y tal oferta discursiva. En este proceso especular, no solo se constituyen los modos por donde la libido tiende a la vida, no solo se invisten libidinalmente aquellos objetos que harán del yo su más íntimo perseguidor en una carrera metonímica donde el deseo es relanzado indefinidamente, sino que, como la otra cara de una misma moneda, se constituirán aquellos fantasmas que merodeando el objeto brindan al yo un sentido que logre al menos por instantes, sostener tal persecución que no es otra que discursiva. De este modo, así como el goce es una experiencia obtenida de la fantasmática relación de objeto, el sufrimiento por su parte, también rinde cuentas a tales especulaciones y sumisiones propias de la narrativa de cada sujeto. Es decir, discurre por la narrativa del sujeto un mal estar que escapa a la comprensión consciente, es el mal estar de la falta, de la incertidumbre de existir, es lo real que se nos escapa y genera angustia, éste mal estar impulsa un ensamble simbólico donde el sujeto es parte de una articulación significativa que dará sentido y razón a su sufrimiento, articulando estas dos dimensiones al Yo consciente, lo que dará lugar a una construcción imaginaria de su propia existencia, de ahí que un síntoma pueda ser pensado como un nudo de palabras. Deviene de esto que, emerja una producción sintomática articulada entre estos tres registros.

Se no primeiro tempo da fantasia temos um mal-estar real, no segundo, o recalçamento simbólico desse mal-estar (sua nomeação) e, no terceiro, a construção imaginária, no quarto tempo, a formação de sintomas que articulam e orientam a ligação entre Real, Simbólico e Imaginario. (Dunker, 2015, p. 56)

En estos tres registros entrelazados, lo Real como aquello que se resiste a la nominación, ese más allá de nuestra comprensión, lo Simbólico como todo el universo cultural y político que nos precede (leyes, costumbres), y lo Imaginario como todo lo que tiene que ver con el Yo, y el sentido

que éste, a partir de sí mismo, puede hacer de lo que lo rodea, es donde el sujeto como efecto del lenguaje podrá emerger, a modo de síntoma de tal dialéctica. En este sentido, pensar la historia del sufrimiento y su evolución es mirar el futuro viendo hacia atrás. Los sujetos sufren según entiendan que deben hacerlo, pues, así como evolucionan los cuadros psicopatológicos, evolucionan las narrativas que les dan forma y esencia. Así como en los tratamientos terapéuticos, el autodiagnóstico del paciente es importante desde el punto de vista analítico, y sirve como acercamiento al universo de sentidos y lecturas que el paciente puede hacer acerca de su sufrimiento, esa lectura, a su vez, es la relación entre el sujeto y lo que lo rodea, es la materialización de la relación entre el significante extraído del mundo simbólico y la libido empujando desde dentro. De este modo, es el desarrollo de esta narrativa el que se encuentra parasitado por la exposición permanente a la cual me refiero en el desarrollo. En el sentido de lo anterior, es difícil negar que la producción en masa de significantes vinculados al sistema de consumo participa en los actuales procesos de salud-enfermedad. En otros términos, las enfermedades mentales como la ansiedad, el estrés, la depresión, el síndrome burn-out y otros cuadros vinculados a la aceleración y exigencias del actual sistema de producción y consumo, han emergido como principales cuadros en las últimas décadas, acompañando las exigencias del mundo moderno. La proliferación de estos cuadros clínicos, representa en gran medida a la cadena de identificaciones habilitadas en el universo virtual de los sujetos, si tenemos en cuenta que: “La identificación simbólica consiste justamente en la emergencia del sujeto del inconsciente, entendida como la producción de un rasgo singular que se distingue cuando retomamos uno a uno todos los significantes de una historia.” (Nasio, 1988, p. 156) Pero este sujeto del inconsciente no está constituido genéticamente, sino que se desarrolla en relación con el propio significante, por ende, los significantes apropiados a lo largo de la historia del sujeto son claves para entender el desarrollo de tal instancia psíquica. En este sentido, deberíamos considerar que tales significantes, que aparecen y se repiten a lo largo de una historia, correlacionados por lo que Lacan denominó “rasgo unario”, son parte activa de los procesos narrativos del sujeto, lo que significa, que participan en la dialéctica discursiva de salud-enfermedad. Esto, entre otras cosas, demuestra la intervención significativa en el desarrollo psíquico. En este sentido, es necesario desnaturalizar las narrativas de sufrimiento y sostener en el tiempo, un análisis que argumente el carácter contingente de los sentidos que de tales narrativas se desprenden. La dificultad de este movimiento consiste, considero, en las limitaciones que supone ser parte del mismo objeto de estudio, se torna

extremadamente difícil el análisis de tales narrativas si consideramos que somos producto y productores de las mismas. Basta con considerar el elemento ficticio que organiza nuestras rutinas, en el sentido de que son sostenidas voluntaria y simbólicamente, y la adherencia neurótica hacia ellas, en este sentido: ¿de qué sufren los neuróticos de la contemporaneidad?

Ficción cotidiana

Los cuadros anteriormente planteados, ayudan a pensar esta pregunta, afanados en lo que “debemos hacer”, la mayoría de nosotros disponemos nuestras vidas hacia un esfuerzo rutinario, hacia la comodidad de un nivel de vida que nos garantice cierta tranquilidad. Existe en este sentido una gran producción subjetiva en cuando a lo que debemos disponer para alcanzar dicho lugar de privilegio, -este punto amerita la problematización del fetichismo-, dicho esfuerzo supone, transcurrir un camino lleno de ansiedades, miedos, frustraciones y bajones, estados que hemos aprendido a calificar de secundarios con respecto al objetivo de tales esfuerzos, considerando la crítica y la pausa una pérdida de tiempo y un atentado a la consistente disciplina del “yo puedo”, pues si de algo sufrimos en la contemporaneidad es de la interdicción casi compulsiva del “yo puedo”. Esta premisa, que se desplaza por nuestros Ideales del Yo, nos pretende hacer omnipotentes, y en el camino, van quedando aquellos que descubren que no lo son, enfermando por no poder cumplir con sus propias exigencias, desamparados ante la globalización del esfuerzo infinito y siendo víctimas de los significantes que hicieron de su sujeto del inconsciente un devoto de la exigencia, que nos convierte progresivamente en nuestros propios verdugos. En este sentido, pienso que tales modos de enfermar, hablan de un exceso de significación de la exigencia, de la competencia y de los parámetros del reconocimiento. Las ansiedades producidas por una constante carrera hacia adelante, las depresiones que hablan de la dialéctica del reconocimiento, el estrés laboral, los déficits atencionales (epidemia en Uruguay), que hacen de los niños que no se adaptan al sistema educativo sujetos patológicos, los vínculos efímeros y reemplazables, la exclusión sistemática de aquellos que no logren adaptarse al sistema de consumo y un sinnúmero más de degradaciones del factor humano, evidencian que los esfuerzos correlacionados a tales expectativas de calidad de vida, dejan más secuelas que las prometidas satisfacciones. La

problematización de estas cuestiones, nos arroja hacia una discusión que no podemos dejar de lado, el problema del deseo y su manifestación. El deseo como motor del accionar humano no puede ser pensado desde una perspectiva que no problematice principalmente los modos por donde éste se manifiesta, se expresa y actúa, es decir, el problema de pensar a la demanda como categoría formal. En el sentido de lo anterior, considero pertinente la siguiente cita: “A demanda é um estado de excesso de determinação do desejo, assim como o sofrimento é um excesso de determinação do mal-estar.” (Dunker, 2015, p. 60) Del deseo a la demanda, del mal estar al sufrimiento, hay entonces, una determinación que no es otra que discursiva, lo que posiciona nuestro problema en la relación entre el sujeto y el Otro, el Otro como lugar de la palabra. Esta determinación, no es un proceso ingenuo o natural en el sentido de que está libre de intencionalidades, tal determinación se juega en un campo de fuerzas donde intervienen diferentes saberes y por lo tanto es un campo de poder. Una vez más, bajo la premisa de que el yo se encuentra fuera en la imagen, pensar que las tensiones que se producen en las determinaciones competentes al registro de lo simbólico no participan de los procesos identificatorios es un error y una falta ética desde el punto de vista analítico. “Para Lacan, a demanda se estructura ao modo de dois toros entrelaçados, o toro do sujeito e o toro do Outro.” (Dunker, 2015, p. 60)

Continúa diciendo: “A imagen dos dois toros serve para mostrar como aquilo que é demanda no sujeito torna-se desejo no Outro, e aquilo que é demanda no Outro, torna-se desejo no sujeito.” (Dunker, 2015. p. 61)

La demanda ilustrada como dos toros entrelazados es útil para pensar el lugar de la demanda como un campo de fuerzas, de tensiones, entre el sujeto y el Otro como lugar de la palabra. El Otro, incluye los posibles, la discursividad propiamente dicha, para el sujeto, por este motivo si lo que es demanda en el Otro se torna deseo en el sujeto, problematizar este lugar de la demanda es pertinente para entender los caminos de producción deseante. ¿Qué significa que lo que es demanda en el Otro se torna deseo en el sujeto? El sujeto, al estar atravesado y estructurado por el lenguaje no tiene otra opción que enfrentarse y reconocer su deseo a través del mismo, pero como sabemos, el deseo como tal no puede reducirse a lo que podamos argumentar sobre él. La demanda tiene la ilusión de capturar en palabras aquello que suponemos se encuentra allí en el lugar del Otro, este lugar del Otro, este lugar de la palabra, o mejor dicho, lo que de él creemos extraer, es sedimentado por el sujeto a través de su relación fantasmática con el significante, lo que significa

que tal posición se estructura en relación a la posición que el sujeto tome frente a su propio deseo, es decir, lo que su recorrido personal le permita decir sobre éste. El lugar de la palabra como tal, actúa como anclaje a partir del cual el sujeto evocará en forma de demanda, el sentido que emerge en su relación fantasmática con el significante en el proceso de aprehensión del mundo, posibilitado por el lenguaje. Es decir, el fantasma, que nos proporciona un modo singular de relacionarnos con el universo simbólico, nos ofrece una captura del deseo en forma de demanda que no es otra que el sentido que el sujeto puede extraer del sin sentido que es el mundo más allá de nuestras interpretaciones y reducciones simbólicas. Esta demanda del Otro, no es otra que la producción discursiva en la que el sujeto habita, la mirada simbólica bajo la cual circula desde el momento de su nacimiento. Pero como argumentamos más arriba, el deseo no puede ser reducido en una demanda, lo que plantea una contradicción, una trampa semántica. Pero esto no quiere decir que no seamos capaces de desear, si no, que muchas veces confundimos demanda con deseo, y nos enajenamos en una discursividad que lo rodea hasta el infinito, sin llegar a alcanzarlo, pero el deseo está más allá de la demanda, es lo que la palabra no puede capturar, pues capturarlo, significarlo, sería reducir un proceso de búsqueda que nos mantiene en movimiento a la forma de una oración, acción que es necesaria para palear la incertidumbre propia del sentido que cada quien puede crear acerca de su existencia. Es a este punto, al que quiero llegar al afirmar que existe una parasitación discursiva que aliena el deseo a una demanda que no es otra que la de la exigencia y explotación voluntaria, que, valga la redundancia, utiliza la voluntad como medio para sostener el sistema de producción y consumo actual. Utilizando el lugar del Otro, se estimula una alienación identificatoria que adhiere el deseo del sujeto a lo que considera es demandado. En esta dialéctica se juegan las más recónditas y fantasmáticas motivaciones inconscientes y las tensiones del conflicto de reconocimiento que son parte activa de los procesos identificatorios, contribuyendo a pensar como Lacan, que el deseo es el deseo del Otro. Durante los primeros años, el niño se constituye bajo la mirada del Otro, este lugar puede ser ocupado por un semejante o no, esta mirada es la encargada de depositar la herencia cultural -simbólica- en el niño. Esta mirada por ende comporta un sinfín de determinaciones que son las que nos hacen sujetos adaptados a una época, atravesando nuestro cuerpo, exigiendo del mismo determinados signos y sancionando otros. Por este motivo es que esta posición demandante del Otro, o mejor dicho, la lectura que los sujetos hacemos de lo que consideramos demanda, participa de los procesos de alienación, y si bien esto en sí mismo puede ser pensado como un proceso normal, en el sentido de que sigue a la norma,

pues siempre y a lo largo de la historia los sujetos necesitamos alienarnos a determinado orden simbólico para organizar nuestras vidas ante el caos de la indeterminación, una alienación a un sistema de consumo que constituye narrativas de sufrimiento que vuelcan la problemática en el sujeto, sin considerar a la problemática y patológica estructura de relacionamiento y reconocimiento que deviene del actual sistema de producción y consumo, debe ser explicitado aunque esto implique la deconstrucción de hábitos y perspectivas instauradas. En otras palabras, así como los síntomas en los sujetos son pensados como el enmascaramiento de un conflicto, que deviene en una manifestación metafórica, estos síntomas como el condominio, las exclusiones, y todo el abanico de patologías y problemáticas que participan de los procesos de reconocimiento, pueden y deben desde un punto de vista ético ser pensados como síntomas de un conflicto estructural de producción y consumo. Lo que nos lleva, en este sentido, a cuestionarnos la condición de la demanda y su posición con respecto a los procesos de salud-enfermedad. El deseo, como el empuje libidinal que gobierna la actividad del sujeto, atravesando diferentes conflictos y etapas evolutivas se encuentra al momento de su explicitación con el problema de la narrativa, es decir, existe en la palabra una especie de impureza que muchas veces es banalizada pero que comporta uno de los problemas más grandes y perdurables que es el de la comunicación.

De la cosa a la palabra, del deseo a la demanda, existe un trecho que modifica, captura y por ende crea lo que comunica, de ahí el carácter discursivo de los hechos al que me remito a lo largo de este trabajo. Este trecho, el que posibilita los replanteos, las reformulaciones y las reinterpretaciones de eventos y hechos, como la vivencia del recuerdo y sus avatares, donde los sentidos pueden cambiar conforme cambia la narrativa del mismo, planten la génesis de los hechos como una construcción discursiva de los mismos. De ahí que la proliferación de tales pretensiones mundiales de éxito y exigencia -premisas del mundo moderno- se pueden colar y habitar en las sombras de los objetos narrativos que los sujetos hacen suyos.

Discursividad: el Deseo y la Demanda

Como mencionaba más arriba, todo lo que aquí se plantea atañe al gran mundo creacional de la discursividad, en otras palabras, y esto es mi perspectiva, aprehendemos el mundo mediante las palabras, pero no solo es el conocimiento de los objetos el que se desprende del uso del lenguaje, sino que también es el mecanismo mismo de conocimiento el que está sedimentado por las leyes del lenguaje. Siendo imposible evitar el camino discursivo en la producción de cualquier conocimiento. Mediatizado entonces, por lo que el lenguaje posibilita u obstaculiza, podemos erigirnos como ser, en tanto que es él mismo el que nos posibilita tal enunciación, valga la redundancia, de este modo cabe argumentar que el mundo de las palabras crea al mundo de las cosas. En este sentido, considero pertinente continuar por explicitar la concepción de sujeto a la cual nos referimos, siendo en este caso el sujeto como efecto de la palabra, dicho de otro modo, es el sujeto sujetado al significante y por ende a la estructura del lenguaje.

En efecto, una vez que el sujeto está atrapado en el significante -y es esencial que este atrapado en él, es lo que lo define, el sujeto es la relación del individuo con el significante, con su estructura-, una red se impone necesariamente, siempre sigue siendo fundamental. (Lacan, 1958-1959, p. 154)

Siguiendo las líneas planteadas por el autor, podemos argumentar que el acto mismo de constitución del sujeto esta inevitablemente vertebrado en todo momento por el uso del lenguaje, y mediatizado por lo que Lacan denomino “significante”. Es a través del universo simbólico que éste último despliega, que los sujetos podrán no solo narrar su propia historia, sino que la comprensión misma de los actos de su propia existencia necesita de las palabras para ser pensados como tales. Para decirlo todo, es necesario para desplegar el universo del pensamiento, y los actos de lo que denominamos entendimiento, pero también los atolladeros que en este mismo terreno emergen, que son la esencia misma del despliegue del individuo como sujeto, la materia prima otorgada por los usos del lenguaje y esta materia prima es el significante. Se torna pertinente definir lo que se entiende aquí por significante, así como cuál es el mecanismo que el uso del mismo emplea, para ello he de remitirme a un segmento del seminario VI de J. Lacan titulado “El deseo y su interpretación” de (1958-1959). En el capítulo IX Lacan escribe:

(...) por el momento la cuestión es percatarnos de cómo entra en juego la operación del significante en el niño. Digo que en el niño podemos ver esa operación en la fuente, en su origen de su captación del mundo que se le ofrece -y que ante todo es un mundo de lenguaje, un mundo en el cual la gente le habla, lo cual es un enfrentamiento bastante asombroso. ¿Cómo entrará el significante en ese mundo? (Lacan, 1958-1959, p. 183)

Siguiendo esta línea escribe más abajo;

Hace poco, un amigo me hacía esta observación: habiendo tomado partido por cuidar a su hijo, a quien consagra mucho tiempo, nunca le había hablado del perro más que llamándolo *perro*, y no dejó de sorprenderle el hecho de que el niño, que había ubicado perfectamente lo que designaba la nominación primitiva del adulto, se puso a llamarlo *guau guau*.

Ese *guau guau*, cuyo empleo el niño limita a la designación del perro, es un rasgo elegido primitivamente del perro, entre todos sus caracteres. (...). Mucho antes de poseer el manejo de cualquier especie de atributo, comienza a poner en juego lo que puede decir al respecto, a saber, el modo en que el animal se presenta como productor de un signo -que no es un significante. (Lacan, 1958-1959, pp. 183-184)

Continúa diciendo:

El niño toma ese elemento ¿Cómo qué?, como algo que reemplaza al perro, término que él ya ha escuchado y comprendido a la perfección, hasta el punto de que, cuando decimos *perro*, él puede dirigir su mirada tanto hacia el perro como hacia una imagen de ese perro. Reemplazar *perro* por *guau guau* es hacer la primera metáfora, y en ello vemos iniciarse la operación predictiva. Nada es más acorde a la verdadera génesis del lenguaje. (Lacan, 1958-1959, p. 184)

Este segmento, nos ayuda a pensar de qué modo el niño comienza a penetrar en el universo del símbolo y nos revela el mecanismo por el cual la palabra, o el acto fonético es capaz de personificar lo que representa, aunque sea, como en este caso un elemento verbal producto de la conexión asociativa. Pero para que este signo se convierta en significante es necesario que comporte una sustitución, es decir que permita la producción de sentido.

A partir del momento en que el niño aprende a llamar *guau guau* a un perro, llamará *guau guau* a un montón de cosas que nada tienen que ver con un perro. Esto les muestra de inmediato que se trata de la transformación del signo en significante y de la puesta a prueba del poder del significante. (Lacan, 1958-1959, p. 184)

La transformación de este signo en un significante es de suma importancia en el proceso de aprehensión y comprensión que lleva adelante el niño, pues es de este modo que comienza a posicionarse como sujeto capaz de calificar lo que lo rodea. En este sentido: “(...) la primitiva metáfora, que está constituida por la pura y simple sustitución significante, engendra la categoría de la calificación.” (Lacan, 1958-1959, p. 184)

No cabe duda que es la pura experimentación y el desafío a lo que se le enseña, lo que el niño utiliza para conocer, tanto a sí mismo como a su alrededor. Utiliza en primer lugar el “juego” de la sustitución, experimentando, probando y haciendo uso de una asociación significante que le permite el engendramiento de nuevos sentidos. Este proceso subjetivo, es el núcleo que posibilitará el desarrollo de un sujeto, así como de la percepción y comprensión del mundo que lo rodea. Pero este proceso no se termina al culminar cierto desarrollo evolutivo, sino que acompaña al sujeto hasta el fin de los días. Se desprende de lo anterior que, de un modo inoportuno algunas veces, afortunado otras, nos adherimos a sentidos que solamente pudimos construir a partir de nuestras propias asociaciones, pero esas asociaciones toman sus elementos del mundo que nos rodea o, mejor dicho, de lo que se considera como tal. Cabe acotar, citando a Nasio que un significante: “(...) remite al advenimiento de una confusión reveladora de mi deseo; una confusión surgida tan a propósito y tan oportunamente que se me ofrece, fuera de mí, como mi propia verdad.” (Nasio, 1988, p. 154) Es decir, de modo inesperado emergen en nuestro discurso elementos significantes que circulan por el inconsciente y develan ante nosotros mismos, elementos que nos constituyen como sujetos, aunque escapan a nuestra conciencia. No siendo capaces muchas veces de visualizar las dimensiones de nuestro propio deseo, un deseo surcado por el discurso. ¿Cómo pensar entonces a la interrogante de nuestro deseo sin caer en nuestra propia trampa semántica? Partiendo de tal consideración, urge cuestionarse acerca de los modos que tales asociaciones emplean, es decir, si “un significante solo es significante para otros significantes” (Nasio, 1988, p. 154) en un universo donde el desplazamiento simbólico sea tal, la cadena asociativa rendirá cuentas al mismo y emergerá como resultado un sentido inmanente a dichos elementos de la cadena, en un universo

donde los elementos de la cadena sean otros el resultado será pertinente a tales, difiriendo del primero. Este es un razonamiento bastante simple y lógico, de aquí se desprende que existan diferentes culturas y diferentes constelaciones simbólicas. En este sentido, es a partir de los recursos que tengamos, materiales, pero que no dejan de ser y actuar como elementos simbólicos, que podemos construir el sentido último acerca del entendimiento, y es mediante esos recursos que se guiarán las respuestas, pero también las preguntas posibles, ya que es imposible preguntarse qué vestir en Navidad si soy parte de una cultura oriental que no conoce ni festeja tal acontecimiento. Entonces la pregunta es ¿qué pasa con el deseo? O, ¿qué deseamos cuando deseamos lo que deseamos? Esta pregunta que parece un juego de palabras procura incitar la búsqueda de los impulsores de nuestro deseo, es decir, al reconocimiento de que los elementos que tomamos como propios a la hora de manifestarnos como sujetos de deseo y evocar a la necesidad, ¿son realmente nuestros? Basta mirar hacia atrás, para reconocer en la historia cuánto hay de inercia en nuestros actos, en nuestras reflexiones, en nuestras creencias, metas, amores y también odios, es pensar en cómo enfermaban las histéricas de Freud para aceptar lo inmersos que estamos en los tiempos en los que nos desplegamos, ya que es de ese tiempo del que vamos a tomar nuestros “propios” recursos para desplegarlos como sujetos, en último término, a la palabra.

Para comenzar a pensar acerca de los modos en los que el sujeto se apropia o se identifica con tal o cual discurso, por no decir que son los discursos los que se apropian de nosotros, interceptando lo que podemos denominar como producción deseante, considero pertinente introducir una cita de Lacan que dice lo siguiente:

Desde su aparición, en su origen, el deseo, *d*, se manifiesta en el intervalo, en la brecha, entre la pura y simple articulación lingüística de la palabra y lo que marca que el sujeto realiza en ella algo de sí mismo, algo que no tiene alcance, sentido, más que en relación con esa emisión de palabra, algo que es su ser-lo que el lenguaje llama con ese nombre. (Lacan, 1958-1959, p. 25)

Es lícito, a partir de esta cita, comenzar a preguntarnos acerca de cuáles son las marcas que el discurso imprime en el deseo, y viceversa. Cabe destacar que, para Lacan, no existen los actos prediscursivos, es decir, que un hecho se constituye como tal en el lenguaje y a partir de la posibilidad de representación que este le otorga. Es en esta brecha, en este intervalo donde el sujeto intentará sucesivamente llenar la falta que trae consigo, por este motivo, es inevitable la

apropiación de tal o cual discurso, todos debemos de algún modo sujetarnos en la incertidumbre. Por eso es necesario pensar críticamente el discurso que construimos para poder visualizar cuánto hay de impuesto en esas nuestras propias líneas. Pensar cuáles son los puntos en los que convergen y en los que se contradicen los discursos preexistentes que se nos cuelan por los orificios de la percepción, en los cuales nos desplazamos, alejando el deseo de la necesidad y fertilizando en ese terreno discursivo una demanda que muchas veces separa al sujeto de sus propios caminos de construcción discursiva. Pensar también, cómo los discursos impuestos pueden operar como creadores de una oferta, una oferta que genera inevitablemente una demanda (esta demanda refiere a la demanda del mercado, no al concepto psicoanalítico trabajado en el desarrollo) y de este modo auspiciar mediante las consecuencias de una postura acrítica la creación de pseudo necesidades que se desplazan y se multiplican a todas las esferas de la vida público-privada y nos mantienen presas de intereses que algunos consideran propios pero que bajo una revisión más detenida pueden develar la más profunda alienación a un sistema de consumo que circula por nuestras instituciones, nuestras peatonales, por nuestra televisión pero también por nuestros refrigeradores y armarios. Haciendo de la vida privada un blanco fácil a los intereses de quien sabe quién, generando sobre hechos y hábitos que parecen inofensivos, una alienación discursiva de la demanda. “El Otro en cuanto lugar de la palabra, en tanto que es a él a quien se dirige la demanda, será también el lugar donde se ha de descubrir el deseo, donde se ha de descubrir su formulación posible.” (Lacan, 1957-1958, pp. 414-415)

Aquí aparece un nuevo problema que es pensarnos a nosotros mismos como demandantes, es decir, pensar los elementos involucrados en ese proceso que parte de la necesidad, se modifica y muta al entrar en el universo simbólico del deseo, hasta materializarse en un enunciado en forma de demanda. Solamente así aflorarán los discursos impuestos. La cuestión no es hacer un análisis comunista o moralista, ni mucho menos un homenaje a los modos de vida humildes donde se subsiste con los mínimos recursos, sino plantear el problema de la demanda, es decir, en esa brecha entre lo que necesitamos para sobrevivir y lo que deseamos como consumidores, cuánto hay de satisfacción en tal consumo, y cuánto vale esta constante carrera por conseguir aquello que deseamos, si por otra parte, nos hacemos conscientes de que siempre existirá algo nuevo por obtener. En otras palabras, ¿De qué lugar emergen los significantes que serán objeto en ese proceso metonímico en el cual se desarrolla el deseo y por el cual circula? ¿Los elegimos o somos elegidos por ellos? ¿Hasta qué punto podemos hablar de decisiones? En que se puede fundamentar nuestro

discurso si tomamos conciencia del universo de accidentes y flujos en el cual nos insertamos al nacer y en el cual nos movemos durante nuestra vida. ¿será posible tomar conciencia del sin fin de elementos que nos hacen hablar? En este sentido, ¿cómo aprehender la génesis y la consistencia de esa voz que habla cuando creemos enunciar algo desde nuestro deseo? Cabe preguntarse, si eso que llamamos deseo, no es más que una ilusión, un delirio consensuado, el argumento de nuestro ego, la cosificación del lugar que toma en cada uno de nosotros ese embrollo de experiencias pasadas que habitan en lo que creemos nuestra alma, en nuestro espíritu, o para no entrar en determinismos, en nuestra singularidad. ¿Cómo diferenciar la decisión tomada de la pura inercia en la que estamos sumergidos? una inercia que conocemos solamente a través de nuestras propias percepciones, percepciones generadas por la misma inercia, que marca y produce en cada individuo una singular forma de experimentar y experimentarse en el medio en que vive. ¿Cuál es el umbral donde se separa la decisión, la voluntad, o incluso el deseo de los sujetos de la pura y simple velocidad del existir? En el cual no somos más que recipientes fluyendo en el cauce del lenguaje.

¿Qué es el deseo? El deseo se define por una separación esencial con respecto a todo lo que corresponde pura y simplemente a la dirección imaginaria de la necesidad-necesidad que la demanda introduce en un orden distinto, el orden simbólico, con todas las perturbaciones que este puede traer aquí. (Lacan, J, 1957-1958, p. 96)

En esta brecha, -que aparece cuando la necesidad entra en el terreno de los significantes para poder ser evocada- se produce un más allá, donde emerge un nuevo deseo que, si bien tiene correlación con la necesidad propiamente dicha, no se reduce a la satisfacción de ésta. Son los significantes que circulan en esta separación, en este nuevo orden simbólico los que llevarán el deseo del sujeto de manera metonímica de objeto en objeto. La cuestión entonces, es pensar cómo la constante exposición a una oferta, a los discursos que nos atraviesan y dicen que debemos poseer para reconocernos como sujetos, genera, en cierta medida, una demanda de objetos que el sujeto intentará alcanzar en un intento de satisfacción de su deseo. Esta oferta discursiva, nombra, y por ende hace foco sobre determinados objetos en detrimento de otros, objetos que potencialmente serán materia de identificación por parte del yo. Es entonces, en la relación con el otro, un otro constituido en el discurso, donde emergen los objetos posibles de deseo.

Pueden apreciar que la noción eficaz del análisis consiste en que el sujeto llegue a reconocer y a nombrar su deseo. Pero no se trata de reconocer algo que estaría allí, totalmente dado, listo para ser coaptado. Al nombrarlo, el sujeto crea, hace surgir, una nueva presencia en el mundo. Introduce la presencia como tal, y, al mismo tiempo, cava la ausencia como tal. (Lacan, 1954-1955, p. 342)

Es en el marco de esta dinámica de creación subjetiva, si es lícito llamarlo así, donde emerge mi interés por pensar de qué forma el deseo es atravesado por estas lógicas de consumo para satisfacerse, aunque nunca lo haga completamente, pues de eso se trata desear, correr eternamente atrás de algo que se está moviendo y que jamás comprenderemos bien que es. Pues si de algo somos víctimas, es de las constantes imágenes con las que el yo se identifica, sumergiéndose en una discursividad que está en constante desarrollo, nunca culminando, nunca cerrando. Pues es propio por el mecanismo mismo del deseo ese constante empleo de la búsqueda y de la aproximación infinita, en este sentido, la satisfacción solo es motivada a través de la falta. “El hombre, (...), está condenado, por la captura de su deseo en el mecanismo del lenguaje, a esa infinita aproximación nunca satisfecha vinculada al propio mecanismo del deseo, que llamaremos simplemente la discursividad.” (Lacan, 1957-1958, p. 126)

Desde una perspectiva lacaniana el deseo no se satisface con el objeto precisamente, sino que existe una satisfacción en el propio acto de desear, de esta forma los objetos de la cadena metonímica siempre serán insuficientes, lo que da lugar a una infinita producción de oferta en cuanto a objetos de deseo, y por consiguiente de posiciones de deseo. La falta es entonces, el elemento justo para que se desarrolle una carrera metonímica y una construcción simbólica del deseo que determina los modos de satisfacción y privación. En este sentido, y siguiendo al autor en cuestión podemos ubicar en el desarrollo del sujeto tres tipos de falta, castración, privación y frustración. Para explicar estos tres elementos, Lacan (1956-1957) utiliza a los tres registros, estos son: imaginario, simbólico y real. Los mismos siempre actúan en relación dialéctica conformando una especie de nudo. La privación puede ser pensada como la sensación real de falta, un agujero en lo real que angustia al sujeto: “(...) si bien puede hablarse de privación es a propósito de lo real como algo muy distinto de lo imaginario.” (Lacan, 1956-1957, p. 38) Continúa diciendo:

-el objeto de la privación, por su parte, es siempre un objeto simbólico. Está muy claro -
¿Cómo algo podría no estar en su lugar, no estar en un lugar donde precisamente no está?

Desde el punto de vista de lo real, esto no quiere decir absolutamente nada. Todo en lo real está siempre obligatoriamente en su lugar, aun cuando lo desordenamos. (Lacan, 1956-1957, p. 40)

Este es el punto importante en el que quisiera hacer foco, lo simbólico se extiende como una red sobre lo real, condicionándolo, porque coarta su posible calificación y por ende el sentido atribuido, lo que nos lleva una y otra vez a tomar la interpretación como si fuese la cosa en sí, de esta manera, es posible la multiplicidad de percepciones, este hecho da cuenta del carácter ilusorio de la realidad, que no es lo mismo que decir que existe una realidad que no conocemos, sino que la realidad en si es ilusoria, posee estructura de ficción: “(...) La ausencia de algo en lo real es puramente simbólica. Si un objeto falta en su lugar, es porque mediante una ley definimos que debería estar ahí.” (Lacan, 1956-1957, p. 40)

Aquí Lacan deja en claro cómo los tres registros actúan unos sobre otros, dando cuenta como el mundo simbólico que anteriormente he mencionado organiza lo real, y vuelca sobre el mismo un ordenamiento que hace difícil de discernir aquello que es pura percepción de lo que es del orden de la realidad, pero aquí emerge otro problema ya que es solamente a través del significante la posible aprehensión del mundo que consideramos real, lo que hace que esto se vuelva más complejo aun, dicho de otro modo, muchas veces bajo la etiqueta de lo real no manejamos otra cosa que el entendimiento o la percepción que solamente logramos captar a través del significante.

La castración es otro modo de falta y se plantea del siguiente modo:

“Freud introdujo la castración de forma totalmente coordinada con la noción de ley primordial, lo que la prohibición del incesto y la estructura del Edipo tiene de ley fundamental.” (Lacan, 1956-1957, p.39) prosigue diciendo: “Lo que falta, en la castración, constituida como está por la deuda simbólica, ese algo que sanciona la ley y le da su soporte, y su inverso, el castigo, evidentemente no es en nuestra experiencia analítica un objeto real.” (Lacan, 1956-1957, p. 39) Para finalizar la idea Lacan argumenta que el objeto en este tipo de falta es imaginario, es decir, proviene del yo y se trata de lo que sanciona la ley y el castigo, es imaginario porque es el yo del sujeto quien se empeña en sostenerlo: “El objeto es imaginario.” (Lacan, 1956-1957, p 39)

Nuevamente se puede apreciar la inseparable acción de estos registros, de modo que en la castración el castigo, objeto por el cual el sujeto se somete a la ley -prohibición del incesto, etc-,

es imaginario, ya que forma parte de las fantasías del sujeto más que de algo exterior a él, de este modo se plantea como deuda simbólica ya que es a nivel simbólico que actúa sobre el sujeto. Pero es el tercer modo, no tercero porque así lo haya dictado el autor, el que nos será útil para pensar e ilustrar lo que estamos intentando problematizar. La frustración, y el modo de falta que en ella se plantea se corresponde con los modos a los cuales, líneas más arriba intentaba articular como los que circulan por el registro imaginario y devienen en la producción de sujetos que se adhieren al consumismo, ya que:

La noción que tenemos de frustración, si nos referimos simplemente al uso que hacemos del término cuando hablamos, es la de un daño. Es una lesión, un perjuicio que, tal como solemos verlo, de acuerdo con nuestra forma de hacerlo intervenir en nuestra dialéctica, no es más que un daño imaginario. La frustración es por su esencia el dominio de la reivindicación. Concierna a algo que se desea y no se tiene, pero se desea sin referencia alguna a la posibilidad de satisfacción o de adquisición. La frustración es en sí misma el dominio de las exigencias desenfrenadas y sin ley. (Lacan, 1956-1957, pp. 38-39)

Este dominio, el de las exigencias, es algo que hemos tratado a lo largo del desarrollo y es ahí donde considero que debe ser problematizada la proliferación de discursos que contribuyen al aumento de las mismas. Es un daño imaginario porque es el yo consciente quien se reivindica como demandante y exige. Continúa con lo siguiente:

(...) el objeto de la frustración, a la inversa, es claramente, por su naturaleza, un objeto real, por muy imaginaria que sea la frustración. Eso por lo que padece, por ejemplo, el niño, sujeto por excelencia de nuestra dialéctica de la frustración, es siempre un objeto real. (Lacan, 1956-1957, p. 40)

El daño imaginario que se plantea en la frustración remite, como allí lo dice, al dominio de la reivindicación, es decir, a las pretensiones imaginarias -en el sentido de las fantasías propias que conciernen al yo-, este daño es en la medida de que el sujeto sufre-se frustra, por no tener aquello que considera debería poseer, y aunque se correlaciona con un objeto real-externo -por ejemplo la frustración del niño ante la ausencia del seno materno-, no existe en lo real dicho correlato, el mismo emerge de las exigencias imaginarias del sujeto. El interés en estas líneas es evidenciar cómo lo perteneciente al registro imaginario, es decir, lo que se refiere a las sucesivas identificaciones del yo con sus semejantes, produce en el sujeto un daño. El desarrollo de un sujeto

en la constante exposición a un registro de imágenes con las que se puede potencialmente identificar es, a mi entender, unos de los correlatos de la producción de demanda, por este motivo es pertinente entonces, un análisis que dé cuenta del poder alienante de los discursos. En este sentido, es que cabe la pregunta acerca del consumismo, y de qué modo juegan a lo largo del desarrollo del sujeto los discursos que ensamblan identificación y sedimentan de modo imaginario, es decir, en el yo, las más infinitas ambiciones de poseer aquello que el otro posee. De modo que exista siempre y por este mecanismo, la posibilidad de la emergencia de un daño ante la no adquisición, posibilidad que mantendrá al sujeto en una búsqueda metonímica de objeto en objeto. Correlacionándose con esto, a su vez, podemos acotar, como afirma Lacan, 1958-1959 que el deseo es el deseo del Otro. Esta frase puede interpretarse simplemente como que los sujetos tendemos a desear lo que desea el otro por un proceso de identificación, o también, que lo que se juega en el deseo es producto de querer ser por parte del sujeto, objeto del deseo de otro, es decir, una búsqueda de reconocimiento por parte del otro, el deseo de ser deseado.

El discurso capitalista, ha sido el principal responsable de introducir en la cosmovisión de los sujetos modernos, privaciones y frustraciones, ya que por un lado ofrece la ilusión de alcanzar todo lo deseado, de reivindicar lo que nos pertenece, tendiendo una capa simbólica sobre lo real que nos dice que merecemos más de lo que poseemos, ya que si algo falta en lo real es porque simbólicamente así lo decretamos. A su vez, la proliferación del “yo puedo”, y el dominio de las reivindicaciones desenfrenadas, que nos hacen sujetos pretenciosos en extremo, instauran, al confrontarse con una realidad material que no es capaz de abastecernos como pretendemos un daño imaginario, un daño en los yoes con forma de frustración, la frustración de no poseer los objetos pretendidos, (entiéndase por objeto a cualquier representación inconsciente plausible de ser deseada). Instaurando una falta que comporta un objeto real, es decir, acerca de objetos reales, materiales, pero que desplazan un daño imaginario, dicho de otro modo, sujetos que sufren por no poder acceder a aquello que tiene el otro, pues, en su entendimiento, engendrado a través de lógicas neoliberales, ambicionar es parte de la rutina. Este fenómeno, deviene en que el sujeto pretenda, reclame, reivindique aquello que quiere pero que no posee. Y no hay que ser economista para dar cuenta de que tal sistema funciona en la diferencia, es decir, solo podrán haber favorecidos en la medida de que haya los menos favorecidos, solo podrá haber un excedente en la medida que haya una insuficiencia. De este modo, podemos apreciar un complejo problema, una ilusión de igualdad, una trampa introducida por planteamientos neoliberales, que mantienen la falsa ilusión de ser

capaces, todos los sujetos, de alcanzar todo lo que se propongan, exigentes y triunfantes, como si la historia no demostrara lo suficiente que la permanencia depende del equilibrio, de la dialéctica y de la constante puja entre unos y otros, pues esto es lo que existe como tal, más allá de la lucha de clases, de los estratos o de los partidos políticos, la constante tensión, el desequilibrio necesario para un pseudo equilibrio. Tampoco es necesario que las privaciones y frustraciones sean el resultado de ver al semejante, las identificaciones pueden apoyarse en representaciones impersonales, discursos que ensamblen una imagen y seducen por decirlo de alguna manera, a la libido dispuesta a invertir el objeto.

Para hablar con todo rigor, en el inconsciente no hay representaciones del otro, sino tan solo representaciones inconscientes, impersonales por decirlo de alguna manera, a la espera de otro exterior que venga a adecuarse a ellas. (...) la adecuación de este otro exterior al molde de una representación inconsciente previa puede producirse sin que lo hayamos encontrado efectivamente como persona viva. (Nasio, 1988, p. 141)

La dinámica de este proceso posibilita sedimentar en el yo y en las representaciones inconscientes previas, un otro, que es producido al mismo tiempo que se torna objeto de identificación. Es decir, desde el yo consiente podemos creer que tales objetos se encuentran fuera de mí, en una realidad que es incuestionable y que me ofrece, la elección genuina, pero discurre bajo este objeto una realidad ilusoria, que no es lo mismo que irrealidad. En este proceso, donde el otro “exterior”, es investido libidinalmente, entrando en relación con una de estas representaciones inconscientes, se cuelan los discursos que constituyen tales objetos (ya que no necesariamente debe ser una persona viva). Por otra parte, la elección por tal o cual objeto, es a su vez, la aceptación de una serie de lógicas que están implícitas en el funcionamiento y en los modos de relacionarse con dicho objeto. Estas cuestiones que parecen de menor importancia, son las que a lo largo de un recorrido personal van ensamblando los modos de ser y relacionarse, somos entonces responsables de cuestionar a cuáles medios de producción de hábitos, de estilos de vida, producción de deseo nos adherimos “voluntariamente”, para poder emanciparnos de aquellos que nos producen fijaciones y modos de relacionarnos con el objeto que podemos calificar como patológicas.

Significación y satisfacción fálica

¿Cómo pensar la creciente tendencia donde gran parte de la energía libidinal de los sujetos es volcada sobre objetos inertes, materiales, a su vez privados en términos de propiedad, en contraste a antiguas prácticas donde los objetos eran producto del relacionamiento y emergían en el tejido social? Es imposible no asumir que las rutinas modernas están estructuradas en relación a un sinnúmero de objetos inertes, automóviles, celulares, computadoras, aparatos que cumplen la función que podamos imaginar, incluso “objetos sexuales” y un sinnúmero más. Estos objetos no existieron siempre, ¿de qué modo reemplazan a antiguas prácticas que hacían que el sujeto necesite ubicarse mucho más en el tejido social?, ¿es lícito decir que tienden a separarlo del mismo?, ¿cómo pensar este fenómeno? Los modos modernos de relacionarnos apoyados en la idea de propiedad privada, mantienen fuera de sus muros, una otredad que denuncia el debilitamiento del lazo social. Constituyendo un discurso de la individualidad, despojando cada vez más a los sujetos de la espontaneidad que emerge en el intercambio con el otro. Un intercambio que dota de dones a quien participa de él, que ofrece la posibilidad de ser para el otro, portador de algún don, de ofrecerle más allá del espacio de los meros bienes, algo que pueda tomar para sí como el analizante que se lleva después de un análisis la posibilidad de poder verse desde una óptica que le resulte menos angustiante. Pero el desinterés por ser portador de algún don implica la fascinación por algún otro objeto, lo que nos vuelve a posicionar sobre el problema de las identificaciones y de la representación que podamos extraer de lo real.

Pareciera que “La condición humana” (tal es el título que el pintor eligió para su cuadro) - René Magritte- tiene que ver con el intento de alcanzar, a través de un agujero bordeado y enmarcado prolijamente, algo que no es lo real del paisaje, sino lo que vuelve a nosotros como alcanzable de ese paisaje, por medio de una representación. (Amigo, 2005, p. 45)

Este agujero bordeado y enmarcado prolijamente tiene una estrecha relación con el fantasma, es decir, es el marco por el cual el sujeto entrará y saldrá de lo real a través de su fantasma, que no olvidemos proviene de “fantasía”. ¿Qué significa un agujero a lo real? Significa que, a través del mismo, podemos hacer coincidir objetos “reales” (aunque nunca son meramente reales) con objetos de representaciones, estos objetos, serán objetos de nuestras fantasías, tomarán la forma

de objeto a, y despojándose de su condición de real, es decir, de lo que no podemos conocer, serán objeto de todas nuestras artimañas, constituyendo un sentido que les da consistencia en función de nuestras expectativas. La continua retención de los mismos implica una satisfacción fálica - remitiendo al falo como significante del deseo-, que puede devenir patológica en función de que el sujeto se ve incapaz de cortar, de significar y devolver tal objeto al cauce más allá de su representación, es decir, devolverlo a lo real. “Haber constituido el fantasma, contar con el fantasma, es contar con el lugar desde donde yo puedo hacer alternativamente coordinar y desobstruir el agujero con un objeto.” (Amigo, 2005, p. 60) Pero un desarrollo y una estructuración psíquica que podemos decir saludable, depende de una correcta basculación entre satisfacción y significación fálica, es decir, un sujeto que sea capaz de gozar, pero que a su vez, desprenderse de tal objeto de goce no signifique un proceso doloroso, entender que el goce no depende del objeto en sí, sino de su posicionamiento frente a él, y ser capaz, de significarlo, es decir, de dejarlo ir al cauce de lo real, más allá de nuestra relación imaginaria y fantasmática con dicho objeto. En este sentido, ser capaz de cortar y volver a ensamblar, de hacer coincidir objetos en el agujero, pero siendo capaces de dejarlos ir para re-ensamblar con otros, sin que esto signifique un proceso angustiante en exceso o devenga patológico. El punto es, en salud mental, cuestionar los amarres subjetivos que el sujeto produce, es decir, muchas veces, el sujeto no es capaz de dejar ir un objeto con el que entablo algún tipo de vínculo, encontrando en este amarre, en esta actitud retentiva cierta satisfacción fálica, como el niño que encuentra cierto goce al retener su materia fecal. Proceso que es natural, pero que debe ser significado, pues el exceso retentivo tanto en este nivel biológico como en lo concerniente al funcionamiento psíquico no es saludable. Por este motivo, el camino hacia la cura ha de ser pavimentado con resignificaciones y re planteamientos, por esto es que pensar cuales son las representaciones que guían nuestro accionar es cuestionar la génesis misma de nuestro sufrimiento, para eso es necesario un examen exhaustivo del proceso por el cual recogemos dichas representaciones, y los discursos que se cuelan en las mismas, atravesando nuestro cuerpo y marcando nuestro sentido. En dicho sentido, garabatos de lo desconocido, ficción con pretensiones de legitimación, se instala un modo de recoger tal representación y con ella se aprenden los parámetros de sufrimiento, así como los de satisfacción. Involucrando el dominio de las reivindicaciones, de las pretensiones, de las expectativas y reconocimientos, el discurso neoliberal, al implementar un modo de demandar atenta directamente con tal proceso de basculación entre satisfacción y significación, pues, -y esto es mi entender- un discurso de la

individualidad, de la competencia y sobre todo un discurso que ofrece materialmente la posibilidad de satisfacer cualquier necesidad, las mismas que ayuda a crear, inevitablemente potencia un goce que no es saludable, acostumbrando al sujeto a la inmediatez y a la comodidad que se puede comprar. Pero también estas líneas son posibilitadas por dicho agujero, también mis matices son recogidos de un afuera especular, así como mis interrogantes, mis ignorancias y mis certezas, es exactamente por eso que es deber analítico cuestionar las representaciones que nos hacen hablar y los modos en que las recogemos de lo real. Lo que fascina al sujeto es lo que puede entender, significar, solamente a partir de eso se mueve, pero eso no es lo real, y es por eso que debemos cuestionar la imagen que nos captura y que nos fascina. “Si un objeto, tal el paisaje figurado en el bastidor de Magritte, nos alcanza, es porque resulta evocador de lo real, dado que ya no es el paisaje real. Lo que encanta es lo que está anotado, inscripto y representado en la medida en que se ha perdido como real.” (Amigo, 2005, p. 59)

Si consideramos que acciones tales como dar y recibir, pueden ser entendidas como el núcleo desde el cual se ha desplegado el universo de los hechos sociales, pues del intercambio de bienes dentro y entre las comunidades con el correspondiente orden simbólico que los organiza emerge el tejido social, estamos entonces, habilitados a decir que la captura progresiva de todas las necesidades bajo una oferta mercantilizada, empujan al sujeto al mero espacio de los bienes, pegoteándose en los rasgos que estos le ofrecen, limitando progresivamente la capacidad de separarse de ellos, y por ende de producir su propio sentido y discurso más allá del espacio de las demandas que estos imprimen en los sujetos modernos. La idea de propiedad privada, donde el que acumula más es el más exitoso, choca de frente con antiguas prácticas y costumbres donde el exitoso era quien, a través de lo que podía ofrecer a sus semejantes, era reconocido en su comunidad, así como en las otras. En este sentido Silvia Amigo (20015) nos dice: “El nombre propio señala a quien se constituye sujeto, si ha podido salirse del espacio de los meros bienes.” (Amigo, 2015, p. 53) Cada vez existen más objetos que se confunden con el sujeto y sujetos que quieren confundirse en objetos para alcanzar el reconocimiento deseado. Podemos decir, que estamos habitando no solo la producción mercantilizada de objetos, si no que somos espectadores de la producción de sujetos a través de los objetos que los constituyen, implementando hábitos, modos de actuar y también de entender lo que nos rodea. La permanente exposición a una cadena semiótica determinada atraviesa las diferentes singularidades y sentidos, así como las producciones intelectuales y artísticas. La cuestión entonces, es, que aportan estos objetos a la constitución y desarrollo

subjetivo. ¿Cómo estas identificaciones, en relación al deseo y a la demanda pueden devenir patológicas en función de que proponen algo inalcanzable? Ya no se trata de cambiar lana por madera, o bronce por alimentos y así producir en función de la necesidad, sino que, la moneda posibilita demandar todo aquello que el sujeto considere debe pertenecerle, lo que nos introduce precisamente en el problema de la demanda, problema que venimos trabajando en el desarrollo. Pero si el deseo es el más allá de la demanda, esto nos posiciona en un bucle donde la demanda es relanzada cada vez que el sujeto tropieza con que lo que demandaba no lo satisface como pensaba que lo haría. Inalcanzable entonces por dos motivos: por un lado, esta persecución no está al alcance de todos los sujetos por igual, hay quienes invierten en este proceso metonímico, inmensurables esfuerzos para sus ambiciones, aunque muchas veces por fuera de sus posibilidades, lo que genera un constante roce con cuestiones como estrés, ansiedad, depresión, crisis existenciales y los diferentes matices generados por una constante carga energética fijada en el objeto de la superación. Por otro lado, es inalcanzable porque este es el mecanismo del deseo, el deseo es el más allá de la demanda, es lo que las palabras evocadas en la demanda no logran capturar.

Si el deseo es efectivamente lo que he articulado aquí, es decir, lo que se produce en la hiancia que la palabra abre en la demanda, y por lo tanto está más allá de toda demanda concreta, queda claro de toda tentativa de reducir el deseo a algo cuya satisfacción se demanda tropieza con una contradicción interna. (Lacan, 1957-1958, p. 424)

Esto no quiere decir que la demanda es obsoleta, o que debemos sumergirnos en un mutismo absoluto ya que no somos capaces de demandar precisamente lo que deseamos. Lo que ésta cita nos posibilita es pensar a la demanda como separada del deseo, como una actitud mediante la cual bordeamos permanentemente el deseo a través de objetos que nunca llegan a colmarlo, la demanda es, precisamente lo que nos aleja del deseo en el mismo acto en que intenta significarlo. Podemos ilustrar el deseo como el agujero de una dona, sus paredes esponjosas son la demanda, que lo rodean sin llegar nunca a alcanzarlo, constituyéndose a partir de él, la demanda entonces siempre tiene la forma de una aproximación, contorna al deseo, lo rodea, pero nunca lo captura. ¿Qué demandamos entonces cuando demandamos? Esta pregunta es pertinente para evocar a las líneas que todos tenemos implícitas y que pocas veces cuestionamos, las líneas del discurso neurótico que nos aliena a la rutina de un superyó que nos exige, las líneas de la anoréxica que no acepta su

imagen y devuelve al mundo todo lo que de este pueda ingerir, como denunciando la violencia del deseo de reconocimiento, las líneas cultivadas en el discurso del ataque de pánico y las crisis de ansiedad (tan “normales” en la contemporaneidad), discursos que son adecuados de un modo tal que la responsabilidad cae completamente sobre el sujeto, como si estos hubiesen tenido la culpa de nacer en un cuerpo que aprendieron a despreciar o como si las obsesiones no tuviesen relación con las exigencias que caen sobre los sujetos desde antes de sus nacimientos. La cuestión no es denunciar un sistema como si nosotros mismos no contribuyéramos cada día a su mantenimiento, la cuestión es, desde un punto de vista ético, que debe ser el del psicoanálisis, una investigación permanente y una reflexión crítica que brinde la posibilidad de emanciparnos de un discurso que está hablando por nosotros con nuestra total aceptación. La psicología del Yo, que tantas críticas ha recibido sirve para ilustrar que incluso detrás de un acto analítico y en función del bien estar del sujeto pueden esconderse intereses de un orden mayor, como los de educar sujetos según lo requiera el sistema en que habitan, sin ir más lejos, de esto se trata la biopolítica, cuestión que aquí no abordaremos. Una postura ética no es “curar” a un paciente de esa conducta que entorpece su productividad, más allá de su mal estar, una postura ética sería devolverle a ese sujeto la posibilidad de tomar una decisión, conocer su mal estar y reconocer el discurso de su sufrimiento para que a partir de ese movimiento logre hacer algo con eso, lo que el sujeto desee, y no lo que debería. Esta es la ética del psicoanálisis, postura que es obviamente problemática en el entorno en que se desarrolla hoy día. Para cuestionar los cimientos de una sociedad es pertinente contrastarlos con los de otra, en este sentido el concepto de “Potlatch” nos ayuda a pensar la transformación del lazo social, la transformación del sentido de comunidad, así como la transformación que ha sufrido el modo de vincularnos con el otro y con los objetos. El “Potlatch” es: “(...) un antiguo ritual de tribus muy antiguas, apenas posteriores al neolítico, del que quedan aún hoy indicios.” (Amigo, 2005, p. 47) y consistía en lo siguiente:

El potlatch es una clase de prestación social total, en que simplemente se trata de destruir, quemar, tirar al mar, hacer añicos la riqueza. Mauss subraya con razón que se trata de una prestación social de tipo agonístico. La palabra griega *agon* quiere decir en principio, arcaicamente, asamblea, conjunto de ciudadanos. (Amigo, 2005, p. 48)

Vale aclarar que el término “*agon*” también comporta otros sentidos, en este caso nos limitaremos al aquí presentado por el autor. Siguiendo con lo anterior, se plantea al potlatch como prestación

social total porque es la base a través de la cual se organiza el universo simbólico de dichas comunidades, es el regulador del contrato social. Este ritual, otorgaba la posibilidad de hacer a quien se desprendiese de sus pertenencias protagonista -agon- en su comunidad. Estas tribus entendían que uno solo es dueño o manifiesta propiedad sobre aquello que puede dejar ir, ofrecer al otro, de ahí el valor del don de dar y recibir, y en este sentido: “Los dones van a ser rigurosamente devueltos, porque el que ha dado toma la categoría de aquél que merece recibir.” (Amigo, 20015, p.49). La noción moderna de propiedad privada viene a romper con estas lógicas ya que: “El *potlatch* plantea la perspectiva de una suerte de plusvalía al revés. (Amigo, 2005, p. 54) ¿es esta plusvalía al revés lo que se ha perdido con dicha transformación? Si lo que se ganaba era un lugar en la comunidad, un don, el don de dar, que, hacia merecedor de recibir, ¿la pérdida de estas prácticas implica la pérdida de este modo de habitar y desarrollar el vínculo? Para estas comunidades aquel que no tuviese la capacidad de dar, no merecía recibir, ya que la forma de ocupar un lugar social, de ser reconocido como sujeto era desprenderse de los bienes. ¿Cómo pensar entonces esta transformación de prácticas tan radicalmente distintas sin caer en una valoración moralista? Mas allá de todo lo que se pueda decir al respecto, considero que no se puede negar que paralelamente a esta transformación de los modos de intercambio, también ha mutado la noción de sujeto, ya no se trata del sujeto en comunidad, sino del sujeto de la individualidad necesaria para la superación personal, y con esto, la emergencia de patologías que podemos decir del vínculo, ya que si el sujeto no se constituye a partir del reconocimiento que sus semejantes le concedían, ¿lo hace a partir de los objetos que pueda acumular para sí? ¿Cómo pensar la génesis de las identificaciones que constituyen un yo, en un contexto donde los objetos suelen importar más que los sujetos? ¿no será acaso esta la trampa del neoliberalismo? ¿hacernos creer que no necesitamos de lo común para podernos vender objetos que intentan suplir lo que antes se encontraba en el intercambio humano? ¿acaso la oferta constante de todo lo que “necesitamos” y la facilidad del acceso no nos aleja de la búsqueda del deseo? Si la demanda no es lo que deseamos, ¿por qué nuestras rutinas consisten en perseguirlas? Siempre será necesaria una zanahoria que nos mantenga en su persecución, pero la cuestión no es poseerla, sino la búsqueda en sí, retenerla implica la quietud, la pérdida de deseo. No se trata de argumentar que el deseo de reconocimiento es propio del sujeto moderno, esto no es así, los integrantes de estas tribus también lo poseían, el punto es ¿a partir de qué?, ya que, si el reconocimiento es otorgado en la medida de lo que hago para con el otro, posibilitará una dimensión del vínculo que se ve atrofiada cuando se considera

que el reconocimiento lo obtengo mediante la acumulación de bienes. El consumismo vino a desplazar aquellos modos de relacionarnos en los que el otro era indispensable, ya que es lógico que un niño sentado frente a un Play Station no necesite amiguitos para jugar a la pelota, al menos no del modo que lo necesitaría si careciera de tal objeto de entretenimiento. Esto introduce al sujeto de lleno en una satisfacción ilusoria de su deseo, donde se confunde goce con satisfacción, donde la posición deseante del sujeto es entretenida por objetos que no la cautivan más allá del espacio de los bienes. Pero más allá de esto, de este modo de habitar que atenta contra la constitución saludable de los sujetos, ya que pretende quitar al otro la importancia que posee en el desarrollo psíquico, choca de frente con la necesidad genuina de ser a partir del otro, lo que deviene en infinitas tensiones intra e intersubjetivas que muchas veces terminan coagulando la gesta de una patología. El goce fálico, mencionado anteriormente, entra en juego cuando el sujeto es incapaz de dejar ir un objeto al terreno de lo social, es decir, cuando lo retiene, cuando se lo apropia, cuando no es capaz de separarse de él, generando en algunos casos fijaciones patológicas sostenidas en el goce fálico, pero que no por eso no impliquen un mal estar. “Toda vez que sea retenido el objeto, cada vez que se obstaculice su utilización en función de *potlatch* se estará frente al ejercicio, sobre ese objeto, del goce fálico.” (Amigo, 2005, p. 59) Pero cubriendo todo este universo de conductas, costumbres y hábitos se extiende una red simbólica que los organiza, un discurso que prolifera y las sostiene, es ahí donde debe entrar la reflexión ética del psicoanálisis, esa que cuestiona las zonas de confort y pone en evidencia la palabra vacía, la palabra vacía de un discurso que contradice la necesidad especulativa de constituirnos solamente a partir del otro. “El Otro en cuanto lugar de la palabra, en tanto que es a él a quien se dirige la demanda, será también el lugar donde se ha de descubrir el deseo, donde se ha de descubrir su formulación posible.” (Lacan, 1957-1958, pp. 414-415) Este lugar del Otro, un Otro que se ofrece como el lugar desde donde podré discursivamente posicionarme frente al deseo ¿no está siendo acaso, invadido por un discurso impuesto? No hay acaso, detrás de las intenciones del mercado, ¿intenciones de hegemonizar el deseo? Esto no pretende respuesta concreta, sino motivar la reflexión, pues ¿cómo esperar que la satisfacción del deseo provenga de la evocación de una demanda prefabricada? ¿o acaso no somos conscientes de los discursos que hablan por nosotros?, en este sentido, ¿cómo tratar una neurosis en medio de la oferta de la obsesión? ¿cómo tratar las fijaciones patológicas si la rutina misma de muchas personas está fijada en el objeto de la superación? Este es el daño de la modernidad, y cada época tuvo el suyo, constituir necesidades y sujetos afanados en satisfacerlas, donde más

tarde o más temprano descubren que descuidaron las suyas propias, como el neurótico que necesita una rutina colmada de rituales para alejarse de sí mismo y no tener que estar solo y a la merced de todos sus pensamientos puntiagudos.

Consideraciones finales

A lo largo y ancho de este desarrollo, me he encontrado, con las limitaciones que implica pensar a la discursividad desde la discursividad misma. A esto respecta mencionar lo ancho, pues, considero pertinente ser consciente de mi propia trampa semántica, y no pretender que el desarrollo de tales líneas está exento de matices y fantasmas que yo mismo desconozco. Pues también es mi forma de relacionarme con el objeto la que está en juego, situándose por detrás de mis intereses al momento de evocarme en la narrativa, lo que significa que también hay sombras y penumbras que desconozco cuando digo lo que digo. Lejos estoy de evocar estas líneas como la realización completa del tema en cuestión, ya que pienso que mientras prosiga la discursividad el sentido se seguirá deslizando por las razones e ignorancias que azotan nuestra sensibilidad y marcan nuestro cuerpo, el cuerpo, como el lugar donde la palabra se imprime y da forma.

En cuanto a mi implicación en el desarrollo y gesta del planteo, considero relevante mencionar mi cursada por la práctica del ciclo integral, titulada “Innovación social y experimentación”, liderada por Jorge Chávez y Gonzalo Correa. La misma consistió en sistematizar la experiencia del colectivo “Libera tu bicicleta”, el cual se dedica a la recolección de bicicletas en desuso, para que mediante un taller de reparación estas vuelvan a estar en funcionamiento y puedan ser de utilidad a quienes necesitan un medio de transporte. En estos encuentros, vivenciamos un modo paralelo de intercambio de bienes, una alternativa al mercantilismo, personas de bajos recursos tenían la posibilidad de gestionar una bicicleta al costo de su participación en los talleres. Aquí, emergían vínculos de un orden que no estamos, o al menos yo, no estaba acostumbrado a vivenciar, un intercambio que trascendía las leyes del mercado, donde el reconocimiento es obtenido a partir de lo que tengo para dar -por parte del colectivo las bicicletas, por parte de los participantes tiempo y colaboración- y no en función de lo que poseo en términos de propiedad. Apremiar esto me llevo a pensar la problemática del consumismo y todo lo que estaba siendo atrofiado en los modos de

vincularnos, cuando la noción de propiedad privada mediatiza y determina los encuentros. Este recorrido, contribuyó a los primeros esbozos del presente planteo, pero perseguía con delirios de objetividad a las respuestas concretas, hasta que empecé a preocuparme más por la pregunta que por la respuesta, es decir, empecé a creer que, así como el deseo es motivado por la falta, en la misma línea, el conocimiento es motivado por la incertidumbre del desconocimiento. Pensar esto, me sirvió para a modo de metáfora, plantear que el proceso de producción demandante tampoco está libre de dichos callejones, es decir, al contrario de lo que se cree, donde se plantea al objeto deseado, como un objeto externo, esperando por nuestra captura, considero que dicho objeto emerge como tal en la demanda misma y no antes de su formulación, de ahí el carácter problemático de la demanda al que me he remitido en el desarrollo. Este proceso, el de producción de demanda, que, si bien desborda nuestras capacidades perceptivas y de entendimiento, puede y debe ser pensado críticamente, a fin, después de cuentas, de una formulación demandante que se acerque lo más posible a la singularidad de quien la evoca. Pues, he llegado en el desarrollo, a creer que, si bien nos constituimos a partir del otro, una crítica permanente de ese otro y de los objetos que constituye, es el camino adecuado hacia un encuentro con nosotros mismos y solamente así podremos acercarnos a nuestra propia demanda. A esto respecta mi planteo acerca de una parasitación discursiva que sesga la constitución yoica, la sesga en cuento al sentido, al sentido propiamente dicho, al sentido que el sujeto en su relacionamiento con el objeto puede extraer. El problema con el que choqué de frente en el desarrollo, es el de no caer en una miope y rígida postura anti consumo, pues si la intención es problematizar el discurso, problematizar el mío, es alejarme de las cristalizaciones y valoraciones a fin de la producción de un nuevo sentido, en otras palabras, si consideramos saludable dicha basculación entre satisfacción y significación, del mismo modo que consideramos patológico a aquel sujeto que no logra soltar el objeto al cauce de lo real, mi fijación -imaginaria- en una postura anti-consumo no comportaría por así decirlo, un objeto en mayor grado saludable. Saludable considero, es, pensar la tensión que emerge entre el yo y la sensación inmediata que lo sacude, dejarnos atravesar por dicha tensión a fin de acercarnos a nuestra propia piel, sin seguir modelos o sin angustiarnos ante la extrañeza de nuestra singularidad. En otras palabras, ser críticos ante los discursos que pretenden hablar con nuestras voces. Proceso obviamente arduo y tedioso, pero no olvidemos que el camino hacia el infierno es un sendero de piedras de buenas intenciones, a esto respecta mi evocación crítica frente al discurso que pretende solucionar todos los atolladeros sensitivos de los sujetos mediante el consumo de

objetos, objetos que poco a poco nos alejan del terreno humano y nos mimetizan en el espacio de los meros bienes, recayendo sobre el sujeto las sombras de los mismos, sombras que no dejarán ver la luz a menos que se sacudan las ramas del árbol que nos envuelve.

En las sociedades modernas y capitalistas, coaguladas en forma de democracias liberales, ser y tener se confunden. Cuando pretendo no caer en una postura moralista del consumo lo hago pensando en función de lo saludable, pues es la salud nuestro campo, en este sentido: ¿qué es más ético? ¿sostener a un consumista contento? ¿o un sujeto que sufre una crisis de ansiedad cada vez que está solo? Como tal, lo que descubrí en el desarrollo, en mis idas y vueltas sobre estas cuestiones, es que el consumismo como tal es una problemática, una dinámica sobre la carencia que se extiende por todo el globo, y como tal no es buena ni mala, la valoración se la da el sujeto en situación, pero esto no nos imposibilita a, desde el campo de la salud mental, pensar propuestas alternativas al consumo compulsivo cuando este deviene en fijaciones patológicas.

Por otra parte, considero, cuando me paro frente a lo que escribí en estas páginas, que sin querer, mi trabajo puede pensarse como una metáfora de lo que intente plasmar, es decir, la no concreción acabada de nociones, la posibilidad de un perpetuo deslizamiento de sentido en el devenir de la discursividad que hizo que mi trabajo más que responder a las preguntas, las formule de un mejor modo, es la ilustración más contundente de esa crítica que elevé frente a la enajenación en una demanda prefabricada que le dice al sujeto cómo satisfacerse. Pues el ser, el deseo del ser, no puede ser capturado en palabras, de ahí que lo que podría ser pensado como un fracaso de producción es vivido por mí, como una lenta pero cuidadosa forma de problematizar a la discursividad de la demanda. Así como la demanda no puede reducir el deseo, porque la palabra no lo alcanza, lo que yo pueda decir aquí, si tiene pretensiones de ser un sistema cerrado, un sentido cristalizado, estaría cayendo en la misma trampa en la que cae el consumidor cuando es empujado a creer que el objeto que está por poseer va a satisfacerlo completamente, del mismo modo, sería más que contradictorio pretender que el presente desarrollo constituye una verdad última.

También me resulta significativo entender por qué la modalidad que elegí es un ensayo, esta apertura propia de la discursividad, propia de los planteos a los cuales me adhiero, considero que no tienen mejor modo de ser que en este formato. Irónico sería hablar del deseo en un encuadre que limite un perpetuo deslizamiento de sentido, un deslizamiento metonímico. Y es precisamente a este mismo problema al que apuntó mi crítica, al de la discursividad de la demanda, pues

considero que muchas veces los sujetos -en medio del neoindividualismo- perseguimos objetivos exitosos, que se viven como propios, pero comportan un resultado beneficioso para el sistema y lo que debería ser un logro individual o colectivo, acaba por ser una búsqueda compulsiva que jamás satisface la demanda. Entonces me pregunto ¿La satisfacción tiene que ver con el ser o con el poseer? Es necesario, problematizar las intenciones por apalancar subjetividades en el sentido del poseer, pues muchas veces, mediatizados por la comodidad del consumo y condenados al éxito nos olvidamos de detenernos a preguntar cual es la génesis de nuestras propias voluntades.

El examen hasta aquí expuesto, puede ser considerado como el principio de un trabajo mucho más arduo y extenso donde la relación de objeto está en el centro, donde el fetichismo y el fantasma son conceptos que no podrían estar por fuera de dicho análisis, pero que exceden el marco de este TFG y ameritan un manejo conceptual que hasta ahora no he adquirido pero que su búsqueda pretendo emprender. Para finalizar, y en el sentido de esta línea donde el deseo se manifiesta en el más allá de nuestra demanda, donde he llegado a considerar patológicas a aquellas satisfacciones fálicas que cristalizadas en el sentido que logran extraer de lo real, al hacerlo pasar por el lente de lo simbólico, no dejan al sujeto separarse del objeto, donde la prefabricación de la demanda es la mayor responsable del carácter inauténtico de la misma y de los malestares y angustias que el sujeto moderno experimenta, me gustaría citar un fragmento de una canción de La renga titulada “La razón que te demora”, si a su vez, considero que como dice Lacan en la primer clase de su segundo seminario citando a Rimbaud: “-los poetas, que no saben lo que dicen, sin embargo siempre dicen, como es sabido, las cosas antes que los demás-“ (Lacan, 1954-1955, p. 17)

(...) la ruta sigue más allá de las luces de la autopista
secando al ojo de la lágrima te perderás de vista
como un relámpago en la fría noche cruzarás los abismos
esos que guardan a la sombra que te ocultan de vos mismo
hay algo extraño ahí del otro lado
que te teme y te da la mano
para llegar

hasta vos
(La Renga, 2003)

Referencias bibliográficas

Amigo, S. (1999). *Clínica de los fracasos del fantasma*. 2nd ed. Rosario: Homo Sapiens Ediciones (2005).

Dunker, C. (2015). *Mal-estar, sufrimiento e sintoma: uma psicopatologia do Brasil entre muros*. São paulo: Boitempo.

Lacan, J. (1966). *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores (2003).

Lacan, J. (1954-1955). *Seminario 2: El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós (2016)

Lacan, J. (1956-1957). *Seminario 4: La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós (2018).

Lacan, J. (1957-1958). *Seminario 5: Las Formaciones de Inconsciente*. Buenos Aires: Paidós (2018).

Lacan, J. (1958-1959). *Seminario 6: El deseo y su interpretación*. Buenos Aires: Paidós (2017)

La Renga. (2003). La razón que te demora. En *Detonador de Sueños* [CD]. Córdoba, Argentina.: La Renga Discos, Soy Rock.

Nasio, J D. (1988). *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa (1996).

